

VIII

Cosas de Doña Emilia.

1.^a

JORNADA NEGRA

Dice Doña Emilia Pardo Bazán, en una *Página suelta*, que ni es suelta ni página, sino embutido de tres columnas muy apretado:

«El destacamento había *marchado* toda la mañana...»

Marchar propiamente es partir; de manera que ya no está del todo bien eso de que *había marchado toda la mañana*. Pero no hay que detenerse tan pronto. Sigamos la marcha literaria de Doña Emilia:

«El destacamento había marchado toda la mañana, y después de un alto, fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, *ya anochecido*, como Dios dispusiese...»

¡Ah! ¿Conque como Dios *dispusiese*?... ¿Es

decir, que todavía no habían acampado?... Y entonces, ¿cómo dice Doña Emilia que al acampar estaba *ya anochecido*? Hubiera dicho «para acampar al anochecer», ó «cuando anocheciera», ó «cuando hubiera anochecido», y hubiera resultado la construcción más natural y no la hubieran hecho falta tantas comas...

Pero en fin, el caso es que

«Fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar...»

De donde parece deducirse que la caminata se había emprendido solamente *para acampar*, y que sólo para acampar se movía el destacamento, aunque luego se ve que no es así.

«Fué preciso seguir la caminata emprendida para acampar, *ya anochecido*, como Dios dispusiese, en la linde del bosque.»

Oscuro, trabajoso y malo.

No el bosque, sino el párrafo de Doña Emilia.

«La lluvia, caso raro en aquel clima durante el mes de Diciembre, no había cesado de caer *en hilos oblicuos, apretados y gruesos*...»

Pues mire usted, mucho más raro que el caso de la lluvia en Diciembre me parece á mí eso de que la lluvia cayera en *hilos* con todas esas condiciones.

Y sigue:

«Sorprendidos por el capricho de las nubes, desprovistos de mantas y de capotes, soldados y oficiales *se resignaron, ó mejor dicho, se chancearon* con el agua.»

¿Mejor dicho?... ¿Por qué? Ni mejor ni peor. Porque resignarse y chancearse, ni son sinónimos ni opuestos; de manera que bien pudieran suceder las dos cosas. Aunque probablemente no sucedería ninguna.

«*Hacia* calor — sigue diciendo Doña Emilia — y el chorro de agua no *parece* sino que *aumentaba*...»

¡Señora, por Dios! ¿No *parece* sino que *aumentaba*?... ¿Ahora es cuando no la *parece* á usted sino que *aumentaba*? Sea usted consecuente en el régimen gramatical.

Diga Ud. que no *parecía* sino que *aumentaba*... Si es que se empeña Ud. en decir de alguna manera; porque mucho mejor sería que no dijera Ud. nada de lo que sigue:

«*Hacia* calor, y el chorro de agua no *parece* sino que *aumentaba* la *densidad* de la *temperatura*...»

¡Doña Emilia! ¡Doña Emilia! ¿La *densidad* de la *temperatura*?... Eso no lo dice un rapaz del Instituto; porque para decirlo tendría que desconocer lo que es temperatura ó lo que es densidad.

Á bien que Ud... es muy posible que desconozca las dos cosas.

Porque aun suponiendo que Ud. llama *temperatura* á la atmósfera, como cualquier literata de Sobradelo ó del Barco de Valdeorras, todavía la afirmación resulta un poco disparatada, puesto que la lluvia no aumenta la densidad de la atmósfera, sino que la disminuye.

Bueno. El caso es que los soldados, á pesar de que *hacía* calor y de que «el chorreo del agua no *parece* (ni la sintaxis tampoco), no *parece* sino que *aumentaba* la densidad de la temperatura», seguían marchando.

«La idea de salvar á españoles y españolas de la muerte y de los ultrajes alentaba al destacamento y le ponía alas...»

¿*Alas* ha dicho Ud?... ¡Dios mío!... Crea usted, Sra. Doña Emilia, que, desde que se las puso Ud. á la garduña, en cuanto mienta usted las alas me echo á temblar, previendo un estropicio.

«La idea..., etc., alentaba al destacamento y le ponía alas en los pies...»

¿Lo ve Ud., señora?... Lo que yo me temía...

Se puede decir, y Ud. lo habrá oído y leído algunas veces, de quien va muy apresurado por llegar cuanto antes á un sitio, se puede decir

que el deseo, el interés, el amor, etc., le da alas. Si Ud. quiere decir en lugar de «le da» *le pone* alas, pase; pero sin decir dónde se las pone, porque no hace falta decirlo. Y de todos modos, caso de decirlo, que no sea en los pies, señora; porque las alas en los pies han de hacer una facha muy desgraciada.

A más de que el destacamento tampoco tiene pies, como tal destacamento, donde ponerle las alas.

Pero hay que concluir el párrafo para acabar de conocer la rara figura del destacamento que Ud. pinta.

«La idea... alentaba al destacamento y le ponía alas en los pies, aunque el barro, que subía hasta las rodillas, se los calzase de plomo.»

¡Vamos! ¿Me quiere Ud. decir, apreciable Doña Emilia, de qué pueden servir las alas puestas en unos pies hundidos en barro hasta las rodillas y además calzados de plomo?...

¡Vamos, que un destacamento con pies provistos de alas y calzados de plomo y hundidos en el barro!...

¿Ve Ud., señora, los extremos á que conduce el afán inmoderado de parecer original y *modernista*?

¡Como lo de contarnos más adelante que «la luna filtraba ondas de luz gris perla al

través del espeso ramaje!...» ¿No sabe usted que esas *filtraciones* de luz están mandadas retirar desde que las *filtraciones* de fondos públicos, puestas en moda por conservadores y fusionistas, han envilecido el vocablo?...

A más de que podría pasar, si acaso, la figura de *filtrar luz*; pero eso de *filtrar ondas* de luz ¿cómo quiere Ud. que pase? ¡Menudos agujeros necesitaba tener el filtro para dejar pasar las *ondas*! Eso ya no sería filtro; sería, por lo menos, una zaranda garbancera.

De modo que más propiamente podía usted haber dicho que «la luna azarandaba ondas de luz», que no que las filtraba.

¡Lo mismo que lo de querer hacernos tragar que unos soldados y oficiales que han encendido una hoguera en el campamento *se abanicaban con hojas de cocotero*! Pues si tenían calor, lo más sencillo era apagar la lumbre... Es decir, no: más sencillo era no haberla encendido.

Después nos dice Doña Emilia que los «soldados buscaron en el sueño, ó más bien en un *inquieto y pesado letargo*, el descanso indispensable».

Pase lo de *pesado*, cualidad propia del *letargo*, aunque no exclusiva, porque también la tienen algunas narraciones; pero un *letargo inquieto*, francamente...

Y luego dice Doña Emilia que el capitán dijo: «En cuanto dormiten un cuarto de hora, los *azuzo*...» No, señora, no se lo creemos á usted. El capitán diría los despierto, ó los espabilo, ó los hago levantar, etc.; pero no diría los *azuzo*, porque para eso necesitaba no saber lo que es azuzar, y los capitanes, y aun los soldados, suelen saberlo.

Más adelante cuenta Doña Emilia que el capitán hizo recordar al teniente la noche que era, y el teniente exclamó «con acento *penetrado*: ¡Nochebuena!» Y después de ese acento *penetrado* le hace decir unas cuantas cursilerías como las siguientes:

«¡Ay, quién comiese hoy la *sopita de almendras* y la *compota con rajas de canela* en casa de tía Dolores! ¡Con las *primillas*, al lado de *Fany*! Está uno ya tan harto de ver caras amarillas y juanetudas! ¡Olé las mujeres de nuestra España!...»

¡Olé lo *graciosa* que está Doña Emilia cuando se las echa de andaluz!

A más de que las *primillas*, por las primas, no se puede decir y no lo dice ningún teniente, los cuales suelen saber que *primilla* es perdón de la primera falta; y teniendo esta acepción propia, no se suele usar como diminutivo de prima.

Tampoco debe de ser verdad lo que en se-

guida cuenta Doña Emilia de que el capitán dijo seriamente: «Y las mestizas no dirás que no son *lindas*». No, yo no creo que haya ningún capitán que diga eso, ni *seriamente* ni en broma. Esta Doña Emilia cree que los capitanes hablan el castellano tan mal como ella... Un capitán, hablando de mujeres, hubiera dicho «no dirás que no son guapas», ó «no dirás que no son hermosas...» Pero ¿*lindas*?

¡Señora, si ese adjetivo ya no le usa nadie más que Ud., á no ser como nombre de alguna galguita inglesa!...

Y por ser esto demasiado largo hay que perdonar á Doña Emilia lo de que la tropa «avanzaba *renegando*, pero *sin quejarse*»; lo del niño que «se *descuajaba* llorando», en lugar de «se *deshacía*», que es como se suele decir; lo de que «el niño fué festejado y compadecido y *hasta chillado hasta* que le tomó, etcétera» (chilladura esa entre dos *has*tas, que no se sabe lo que quiere decir); lo de que el capitán «*deslizó* en la mano todo el dinero que llevaba», y otras cosas por el estilo.

2.

ESCAPATORIA

¡Sigue Doña Emilia escribiendo de una manera!...

Ya se ve; como no suele hacer caso de los consejos que se la dan, no aprende nada, y siempre está lo mismo; si es que no va de mal en peor la pobre señora.

La he dicho varias veces que no se meta en latines, ni en teologías, ni en liturgias, ni en otras muchísimas cosas que no entiende, y nada; se empeña en escribir de todo.

Así es que desbarra á cada paso.

Hace pocos días, aprovechando el de Ceniza, como aprovechó en otra ocasión el de Navidad para confundir las penas de sentido y de daño, y en otra ocasión el Viernes Santo para decir aquellas atrocidades de *la sed de Cristo*, pues Doña Emilia parece elegir para desbarrar los días más señalados y solemnes... Y eso que para desbarrar Doña Emilia puede decirse, como en la advertencia parroquial de las fiestas de la semana, que «todos los días son santos y buenos...» Hace pocos días, como digo, aprovechando para ello el de Ceniza,

nos contó Doña Emilia una aventura pecaminosa de esas que á ella la gusta referir y que forman su especial repertorio.

Vamos, una especie de *insolación*, aunque sin sol, porque fué por la noche.

Se trataba de una señora casada, para mayor brillo é interés de la acción, que en la noche del martes de Carnaval, después de acostada toda la familia, se salió secretamente de su palacio y se fué á un baile de máscaras á encontrarse allí con un amigo que al amanecer la volvió al abandonado domicilio en una berlina.

La moralidad del cuento salta á la vista y no hay para qué hablar de ella.

No hay que decir sino que, á la una con la moralidad, va la literatura.

«Ya despuntaba la *macilenta* aurora—dice la literariamente macilenta Doña Emilia, — cuando Nati se bajó del coche y entró en su domicilio furtivamente, haciendo uso de un diminuto llavin inglés.»

¿Qué tal, eh?

Por lo visto, la aventura no era una casualidad. La señora usaba llavin.

«No tenía que pensar en recatarse del cochero, pues el coche no era de alquiler.

La razón no parece demasiado convincente; pero, en fin... Puede ser que de los coche-

ros cuyo coche no es de alquiler no sea necesario recatarse.

Sobre esto, allá Doña Emilia; y conste que es ella quien lo dice; que yo por mí ni entro ni salgo.

Pero todavía añade Doña Emilia:

«... y alguien que acompañaba á la dama, al salir ella, se agazapó en el fondo de la berlina.»

Muy bien. Este detalle está muy bien y es muy importante. Para que nadie dude que la dama no andaba sola, sino con el galán correspondiente.

Después dice la Sra. Pardo Bazán que Nati «entró en su tocador *en puntillas*», aunque no se dice así, sino *de puntillas*.

Pero ya se sabe que Doña Emilia, por no decir como los demás, es capaz de decir al revés todas las cosas.

Lástima es que esta buena señora no se halle en estado de matrimoniar; porque haría muy buena pareja con otro escritor que también tiene la manía de decir las cosas al revés; aquél que dijo: «*se oyó dos chupadas que á su cigarro dió el señor cura*», y ha dicho pocos días hace: «*tal cosa no podía menos que suceder*».

Volviendo á Doña Emilia, nos la encontramos describiendo los efectos que la borrasca

había causado en Nati, la cual, mirándose al espejo, apreció todos estos detalles.

«El dominó blanco, arrugado, mostraba sobre la tersura del raso *pegajosos y amarillentos manchones de vino...*»

¡Caramba con la señora del palacio!

Aquí da gana de preguntar como en la célebre zarzuela bufa:

«¿Estamos en el Olimpo,
ó en la puerta de Toledo?...»

Pero no pára ahí la cosa, sino que además:
«Un trozo de delicada blonda pendía desgarrado, *hecho trizas...*»

Algo menos sería, señora; y bastante era con lo desgarrado, porque si hubiera estado *hecho trizas* no podía *pender*.

Adelante:

«Caído hacia atrás el capuchón y colgado de la muñeca el antifaz de terciopelo, se destacaba el rostro desencajado, fatigado, *severo* (?) á fuerza de cansancio y de crispación nerviosa...»

¡Caramba, caramba, caramba!

Y todavía:

«Las sienés se hundían, la boca se sumía contraída por el tedio, las ojeras se oscurecían y ahondaban y...»

No ahondemos nosotros más, porque verdaderamente no es necesario.

Por último, Nati, «después de soltar el dominó y de *arrancarse las joyas*» (así lo dice Doña Emilia), comenzó á dudar si era ella la que había pasado *así* la noche del martes de Carnaval, si era ella «la que había escuchado, consentido y celebrado, entre el aturdimiento y la algazara de la bacanal, aquellas frases á cual más profanas y libres...»

Entonces advirtió que estaba amaneciendo, «se envolvió en una bata acolchada y con inmensa fatiga se dejó caer en un ancho diván oriental». «Por un instante creyó dormirse, pero casi al punto la despabiló una idea. Se acordó de que era miércoles de Ceniza, precisamente el día en que había muerto su madre...»

¿Cómo no se acordó antes de arreglar la escapatoria?...

Esto no crean ustedes que lo pregunto yo; lo pregunta Doña Emilia, suponiendo que se lo preguntaría á sí misma Nati.

Lo cierto es que ésta saltó del diván dando diente con diente, se vistió de negro ella solita y se marchó á la iglesia.

Bueno, cierto no es tampoco; pero es cierto que Doña Emilia lo dice.

¿Y después?...

Después Nati «divisó la iglesia, cruzó el pórtico persignándose, tomó agua bendita y se arrodilló delante del altar, donde un Sacerdote imponía la ceniza á unos cuantos fieles madrugadores...» En seguida «Nati presentó la frente» y... Doña Emilia metió la extremidad inferior por meterse en latines. Pues dice Doña Emilia que cuando Nati presentó la frente «oyó el fatídico *Memento, homo, quia pulvis eris...*»

No, señora. ¡Qué había de oír eso! Oiría *Memento, homo, quia pulvis es*, que es como dice la fórmula de la imposición de la ceniza.

Si dijera *quia pulvis eris*, no hacía falta lo que sigue: *et in pulverem reverteris*, ó sería una redundancia. Dice: *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*.

Lo cual no tiene nada que ver, aunque á usted se la figure, con *Reverter*, el ex-ministro de Hacienda, no lo crea Ud., ni con el *Reverte*. Sino que es como decir: «Acuérdate, hombre, ó Emilia, que eres polvo ó tierra, no que lo *serás*, que lo *eres*, y al polvo ó á la tierra has de volver.

De modo que nada de *pulvis eris*, Doña Emilia. Eso no lo pudo oír Nati en la iglesia, porque es invención de usted exclusivamente.

Una de las muchas y gordas... *invenciones*

que á Ud. se le escapan por empeñarse en escribir de lo que no sabe.

¡Cuánto mejor hubiera sido, mi señora Doña Emilia, que antes de publicar ese cuento!... Bueno, lo mejor de todo era que no le hubiera Ud. publicado, ni le hubiera usted escrito, ¿sabe Ud.? Pero, de publicarle, ¡cuánto mejor hubiera sido que hubiera Ud. preguntado antes á alguna persona, á mí, por ejemplo, cuáles son las palabras adoptadas por la Iglesia para la imposición de la ceniza!

Así no hubiera Ud. dicho eso del *pulvis eris*.

Como tampoco hubiera Ud. llamado en otro tiempo *pena de daño* á la *pena de sentido*, y viceversa, si me lo hubiera Ud. preguntado antes.

Pero nada; prefirió Ud. tratar de congraciarse con los Académicos, y el resultado es que ni ha podido usted entrar en la Academia, ni tiene Ud. quien la evite el desbarrar ¡ay! tan á menudo.

3.ª

OTRA ESCAPATORIA

Volviendo á Doña Emilia, han de saber ustedes que cuenta en otro artículo otra escapatoria como la pasada, la escapatoria de dos niñas casaderas que se fueron á un baile de máscaras por ver si iban sus novios, y dice:

«¡Cómo *les* palpitaba el corazón!...»

No crean ustedes que es á los novios; es á las niñas. Aunque dice *les*, se refiere á las niñas, porque Doña Emilia usa esa sintaxis académica.

Sin duda para ver si los señores se ablandan y la dejan entrar en la *docta corporación*, como ella dice, porque no pierde ocasión de hacer méritos.

Pero no es constante en eso de usar la sintaxis académica, porque á lo mejor se la olvida el papel y usa la que ha oído en la conversación castellana y ha leído en los buenos autores. Como cuando dice de las niñas, más abajo, que el aya vienesa «*las* tenía frita la sangre.»

«¡Cómo *les* palpitaba el corazón á las dos

loquillas, cuando por la puerta de la verja, á espaldas del palacio (¡siempre el palacio!), salieron á pie y solas, envueltas en sus dominós de blanco encaje riquísimo, y *pisando con tiento la acera, á fin de alcanzar un simón!...*»

De modo que ¿pisando con tiento la acera es como se alcanzan los simones?

¡Qué descubrimientos hace esta Doña Emilia!...

Todo el mundo había creído hasta ahora que para *alcanzar* un simón lo que convenía era, no pisar con tiento, sino andar deprisa, y todavía mejor, echar á correr.

Pero viene la innovadora Doña Emilia y nos enseña lo contrario, á saber: que para alcanzar un simón lo mejor es pisar con tiento la acera... Y, es claro; hay que creerlo porque no se disguste.

Verdad es que añade Doña Emilia á lo de alcanzar el simón: «antes de que los pulidos zapatitos de raso se *les* manchasen...»; pero esto viene tarde, cuando el lector ha sufrido ya el mal efecto de la inversión del período.

Para bien ser, tenía que haber dicho Doña Emilia: «Pisando con tiento la acera, á fin de que no se las manchasen... etc., mientras hablaban un simón.»

Bueno. Quedábamos en que salieron «pi-

sando con tiento la acera á fin de alcanzar un simón, antes de que los pulidos zapatitos de raso se les manchasen de barro y *polvo vil*.»

¡Señora! ¿No la parecía á Ud. bastante mancha la del barro, sin necesidad de añadir también la del polvo? Si era posible que los zapatitos se mancharan de barro, ¿de dónde había de venir el *polvo vil* á mancharlos también? ¿No se la podía haber ocurrido á Ud. que donde hay barro no suele haber polvo, pues el barro es el polvo mojado?

¡Y gracias que no nos ha puesto Ud. el polvo en latín y ha vuelto Ud. á decir *pulvis eris!*...

Después nos cuenta Doña Emilia que las niñas «poseían los billetes, tenían una *doble llave de la verja*...»

¿Y para qué la querían doble, si se puede saber?... ¿Para llevar más peso? ¿No las bastaba con que fuera sencilla?

«Poseían los billetes, tenían una *doble llave de la verja* encargada secretamente á un cerrajero, y los disfraces...»

Estos, bueno que fueran dobles; pero lo que es la llave... no se ve la necesidad.

«...y los disfraces, los dominós, hechos con arte de los magníficos velos de *punto á la aguja* traídos de Francia, (como la sintaxis

de Doña Emilia) para *lucirse* en la ceremonia nupcial.»

Mejor sería para *lucirlos*; porque ese *lucirse*, lo mismo puede referirse á las niñas que á los velos. Y mejor todavía se refiere á las niñas, aunque Ud. á los velos regularmente habrá querido que se refiera.

Á los velos *de punto á la aguja*.

Y dice Doña Emilia, tratando de explicar el caso:

«Porque Mercedes y Rosa iban á casarse *en Pascua*.»

No sería en Pascua, sino después de Pascua, que es cuando se abren las velaciones, cerradas *en Pascua* y en toda la semana siguiente, igual que en la Cuaresma.

Lo digo porque, si es que vivían en un palacio y se iban á poner velos de riquísimo encaje, no es de creer que se fueran á casar sin velarse al mismo tiempo. Pues la moda aquella de casarse de noche y sin misa, va quedando ya relegada á las familias de segunda ó tercera clase.

Lo que hay es que Doña Emilia, mal enterada de la mayor parte de las cosas, cree que las velaciones se abren *en Pascua*.

Volviendo al cuento, las dos hermanas Mercedes y Rosa entraron en el baile que Doña Emilia llama de la «Asociación artís-

tica», y á poco de haber entrado vieron allá á sus dos novios, aunque las habían dado palabra formal de no ir.

Y todavía no fué esto lo más grave, sino que los tales novios, sin saber quiénes eran las dos mascaritas, se dirigieron á ellas y estuvieron diciéndolas mil inconveniencias; en fin, tratando, según Doña Emilia dice, de conquistarlas.

Claro es que, tras este descubrimiento, unas niñas buenas mandan á paseo á sus novios y ya no se casan con ellos. Pero las niñas que pinta Doña Emilia no son tan escrupulosas, ni con mucho.

Por de pronto, Doña Emilia nos dice que «Rosa *hipaba*», lo cual ustedes no saben qué es, ni yo tampoco.

Ni tampoco los académicos lo saben, pues aunque ponen la palabreja en el Diccionario, dicen al definirla tantas incoherencias y la atribuyen significados tan diferentes unos de otros, que bien claramente se conoce que no saben cuál es el verdadero.

No es menester decir que Doña Emilia tampoco lo sabe. Ya lo demuestra ella. Pues, según se deduce del contexto, usa el verbo ese en el sentido de lloriquear ó de quejarse, cuando, si algo significa *hipar*, será tener hipo.

Después cuenta Doña Emilia que Mercedes echó á Rosa la siguiente plática: «Mira, Rosa, que no se enteren de nada. No hagas escena. Hasta *después...* (así subrayado lo pone Doña Emilia) no conviene que sepan ni esto. Casémonos primero, que luego... ya verán.»

¡Caracoles! ¡Qué composición de lugar!

Casémonos primero, y después... nos vengaremos...

Vale Dios que las señoritas no suelen ser así como las pinta Doña Emilia; que si fueran así todas ó la mayor parte, bueno andaría el mundo.

Por último, la sal del cuento, ó lo que Doña Emilia quiere que sea la sal, es que el día de las bodas los novios, al ver á sus novias cubiertas de encaje blanco, reconocieron en aquellos velos los dominós de encaje del baile, y se echaron á temblar...

Porque, es claro; ¿qué remedio tenían más que ser aquellos los velos del baile? ¿Cómo había de haber en el mundo otros dos velos de encaje blanco?...

Ni otros dos novios tan papanatas, tampoco podía haber; porque éstos ya los hizo Doña Emilia así intencionadamente, con las tragaderas necesarias para creer que no han venido ni podido venir de Francia en toda la

vida más velos blancos que los dos que ellos habían visto en el baile.

Lo malo para Doña Emilia es que los lectores no tienen esas mismas tragaderas.

4.ª

BRASEROS, PAN BENDITO, FUNERALES, ETC.

O no ha de escribir Doña Emilia, ó ha de errar, aun en las cosas más triviales y conocidas.

De manera que, para bien ser, se había de reformar el aforismo latino aquel que dice: *Humanum est errare*, para aplicársele más directamente á Doña Emilia, diciendo: *Emilianum est errare*.

Porque hay cosas en que ya no yerra nadie más que ella.

Y los académicos, á lo sumo.

Por cierto que parece mentira que, poseyendo Doña Emilia tan notoriamente la única condición reconocida como necesaria para entrar en la Academia, que es el dón de errar, pues de la otra condición de la residencia en Madrid ya se prescinde á cada paso; parece mentira, digo, que haya todavía difi-

cultados para meter á Doña Emilia en la indocta casa.

¡Si está entrando ella sola!...

Una señora que cree que inhibirse es... lo contrario de lo que es realmente y lo escribe así, y llama *pena de daño* á la *pena de sentido*, y viceversa, y cree que vuela la garduña y la presenta volando y aun la mide la longitud de las alas, y habla de la *densidad de la temperatura...*, y afirma que el sacerdote al imponer la ceniza dice *quia pulvis eris...* una señora que tales cosas escribe es académica por derecho propio.

Y entrará, no puede menos; entrará. Porque, además de los ya mencionados, continúa haciendo méritos todos los días.

Y no es que sea tonta Doña Emilia, no; no vayan ustedes á creer que es tonta. Al contrario: no deja de tener sus *corruscaciones intelectuales*, como diría ella de seguro si sospechara la existencia de ese verbal latino que significa relámpago. Lo que hay es que ha estudiado poco, y, empeñándose en escribir de todo, escribe de muchas cosas que no sabe.

Recientemente ha escrito otro cuento titulado *Sustitución*, que no es de escapatoria como los anteriores.

Quiero decir que su argumento no consiste

en que se escape ninguna niña ni señora casada; mas no por eso vayan ustedes á creer que el verbo escapar queda ocioso en el cuento.

A Doña Emilia siempre se la escapa algo.

Cuando no es el latín, es la física, ó la *densidad de la temperatura*; cuando no es la doctrina cristiana, es la sintaxis, ó el sentido común, ó cualquier otro elemento de importancia.

«Las noches de invierno—dice Doña Emilia—nos servía de asilo la salita de la señora, donde *ardía un brasero... bien pasado.*»

¡Doña Emilia! ¡Doña Emilia!... Un brasero no suele arder nunca en la salita de una señora, porque los braseros no suelen arder más que al encenderlos, y no se suelen encender en las salas... Pero además, tratándose de un *brasero bien pasado*, ¿cómo había de arder ni en la salita ni en ninguna parte?...

Ahí tienen ustedes á una señora que no sabe lo que es *arder*, y sin embargo es *catedrática de estudios superiores de literatura* en el Ateneo.

¿Cómo serán allí los estudios *inferiores*?...

Razón tiene *Félix de Montemar* cuando se queja de la impropiedad del nombre de *estudios superiores*, aplicado á las lecturas de Doña Emilia.

En el mismo cuento donde *ardía el brasero bien pasado*, dice Doña Emilia:

«Al saber que había aparecido muerta en su cama, *fulminada* por un derrame seroso...»

— *¿Fulminada?* — preguntan los lectores *al saber* que ha escrito eso Doña Emilia.

— *Fulminada* — contesto yo; — sí, *fulminada*. Así lo dice dice Doña Emilia; y el que no esté conforme, por creer que ese verbo no se construye así ni tiene esa significación, ó por creer que eso de decir que *había muerto fulminada por un derrame seroso* viene á ser lo mismo que decir que *había muerto disparada por una escopeta*, que se lo ponga á pleito á la ilustre *traductora* de Melchor de Vogue, de Montalembert, de Ozanan y de otros.

Dice poco después Doña Emilia, que llegó «á una pradería donde varios gañanes trabajaban en *segar hierba y amontonarla en carros*», en lo cual tampoco dice bien; no solamente porque no es verosímil que amontonaran la hierba inmediatamente después de segada, sin dejarla secar, ó cuando menos desmostearse un poco, sino porque la hierba no se *amontona en carros*: se amontona en el suelo, cuando se amontona, y cuando se pone en los carros no se dice que se *amontona*, sino que se *carga*. Hubiera dicho Doña Emilia al hablar de la hierba «*cargarla en carros*»,

y... siempre tendría su cuento un disparate menos, aunque todavía le quedarán muchos.

Y sigue Doña Emilia *amontonando...* de esas cosas.

«Explicóme—dice—que el pradito aquel rendía todos los años más de treinta carros de hierba seca, *que se vendía como pan bendito.*»

No es verdad, Doña Emilia; eso no se lo pudieron decir á Ud., porque el pan bendito no se vende.

Y no vendiéndose ni habiéndose vendido nunca el pan bendito, es absurda la comparación, y no ha podido formarse jamás eso que Ud. cree una frase y que en efecto no lo es, sino un disparate de Ud. simplemente.

Usted, señora Doña Emilia, se conoce que ha oído cantar un gallo en un muradal, y no sabe Ud. en cuál. Es decir, que ha oído Ud. la frase *como pan bendito*, pero no se ha enterado Ud. de que no se forma con el verbo *vender*, sino con el verbo *repartir*.

»Se lo reparten como pan bendito», «se repartió como pan bendito», se dice de una cosa divisible y muy solicitada.

Y se dice así, porque *el pan bendito*, que es una de las nueve cosas por las que se perdona el pecado venial, el pan que bendice el párroco los domingos al ofertorio de la misa

mayor, que también se llama *caridad*, se reparte entre los feligreses, dividiéndolo en trozos muy pequeños, á fin de que haya para todos.

¡Siempre tan atrasada esta Doña Emilia en las cosas de piedad y de religión!...

Y luego, es claro: soltar disparatones como ese de que la hierba «se vendía como el pan bendito», que precisamente no se vende.

Todavía en el mismo cuento del *pan bendito*, que Doña Emilia quiere que se venda como la hierba, después de llamar por dos veces *vidrios* á los anteojos, en lo cual sigue su manía de llamar *vidrios* á todas las cosas, pues también recuerdo que refiriendo un viaje á Tordesillas dice que pidió á una mesonera *un vidrio de agua*, por decir un vaso, todavía vuelve á errar Doña Emilia en cosas sencillísimas y tocantes á la religión, pues confunde el funeral con el entierro.

Aparece muerta en la cama una señora, *fulminada por un derrame seroso*, como dice Doña Emilia: va inmediatamente el protagonista del cuento á poner la triste noticia en conocimiento de un hermano de aquélla, y cuenta Doña Emilia que le dice:

—«¿No vendrá Ud. al funeral?»

Señora, eso no se llama el *funeral*; se llama el *entierro*.

Funeral se llama la función religiosa compuesta de oficio de difuntos y misa de *requiem*, que se celebra después de enterrado el cadáver, á los ocho ó nueve días en algunas partes, en otras al día siguiente. Y *entierro*... pues ello lo mismo lo está diciendo: el acto de enterrar el cadáver.

Para lo que el protagonista invita al hermano de la difunta es para el entierro, y... las cosas se deben llamar por sus nombres.

¿Qué trabajo cuesta?...

Digo, á Ud. sí la costará trabajo, porque no suele saber los nombres de las cosas; pero, en aprendiéndolos, el mismo trabajo cuesta decirlos bien que decirlos mal.

Y el mismo tiempo se tarda en lo uno que en lo otro.

IX

Literatura hispano-americana.

Con este título ha salido á luz en Madrid un libro, cuyo autor, según se lee en la portada, es «el P. Manuel Poncelis, de la Compañía de Jesús».

¿Quién será el P. Manuel Poncelis?... ¿Será de verdad un padre jesuíta?... ¿Será algún mal intencionado que con esa P. y esa indicación subnominal trate de hacer á la Compañía un flaco servicio?...

Me asaltaron estas dudas conforme iba leyendo las primeras páginas, porque el libro, hablando sin rodeos y sin eufemismos, es malo.

En otro libro peor, pues á todo hay quien gane, escrito para hacer daño á la Compañía de Jesús¹ por un ex-jesuíta despechado y

1 *Los jesuitas por dentro*. Ha sido prohibido por la Congregación del Índice.